

# Crónica del *Coloquio Internacional Emmanuel Mounier:* *Actualidad de un gran testigo*

París, 5 y 6 de octubre de 2000.

Luis Ferreiro

Director de ACONTECIMIENTO

Para nosotros, miembros del Instituto Emmanuel Mounier, que nos hemos agrupado bajo este emblemático nombre, el año 2000 no podía pasar desapercibido y por nuestra cuenta y riesgo quisimos convocar algún acto que recordase en España y, a ser posible, en el mundo de habla española, la obra y el testimonio del pensador francés. Como todos sabéis, los acontecimientos centrales en este ámbito fueron las XI Aulas de Verano que celebramos en Burgos del 19 al 23 de julio, con el lema *Mounier: un maestro para nuestro tiempo (1905-1950)*, la convocatoria del *Premio Emmanuel Mounier* al

que optaron autores de varios países de habla castellana, además de españoles, y la publicación de dos biografías de E. Mounier, escritas por Carlos Díaz.

Todos estos hechos han contribuido a un conocimiento más profundo de la vida y obra de Mounier. Al mismo tiempo han sido un gesto de reconocimiento hacia a su pensamiento y testimonio per-

sonal. Pero esos actos debidos a su figura habrían sido incompletos sin el que ahora comentamos.

Más allá de nuestras fronteras, era importante que la Asociación de Amigos de Emmanuel Mounier de Francia tuviera la iniciativa de convocar un acto universal, en su



Inauguración del Coloquio. Mesa redonda con Jacques Delors, K. Mat-suura, Guy Coq, Jorge Semprún, Attilio Danese...

país natal, que diera la oportunidad de un encuentro a todos aquéllos que, en mayor o menor medida, nos consideramos en deuda con su obra pionera. Largamente preparado, el Coloquio Internacional ha sido el acontecimiento deseado por todos y absolutamente necesario para relanzar un mayor protagonismo del pensamiento personalista en un

tiempo como el nuestro que, habiendo asistido a la quiebra de las corrientes filosóficas y políticas más influyentes, se ha podido caracterizar como la «era del vacío» (G. Lipovetsky).

El Coloquio no pasó desapercibido, la prensa se hizo eco los días anteriores y, en general, a lo largo del año. Periódicos como *Le Monde*, *Le Nouvel Observateur*, *La Croix*, etc., habían dedicado extensos artículos al encuentro y a Mounier, aunque también hay que decir que nos consta que hubo reticencias por parte de cierto laicismo intelectual que discrimina lo valioso donde olfatea algún aire espiritual. La misma prensa

reconocía que el legado de Mounier ha sido más apreciado en el extranjero que en Francia, cosa que no es difícil de observar si se enumeran los encuentros conmemorativos celebrados ese año en ciudades tan dispares como Ougadougou (Burkina Faso) o Génova (Italia).

El encuentro ha supuesto una conmemoración: un recordar jun-



Visita a Châtenay-Malabry. A. Calvo, Julia Pérez, Luis E. Hernández y L. Ferreiro.

tos una biografía y una trayectoria ética y espiritual hacia la cual numerosos participantes mostraban su reconocimiento. Unos, los más ancianos, porque lo habían conocido y hablaban con orgullo y cariño de su amistad o de aquel encuentro en que quedaron impresionados por su figura, su trato o su capacidad de escucha y atención a la persona que tenía delante. Otros, porque el contacto con su obra les había causado un hondo impacto y una experiencia decisiva en la orientación de su vida.

Ha sido, también, un intercambio intelectual que ha buscado una pluralidad de acercamientos a la comprensión del pensamiento de E. M., cuyo ideario ha proporcionado inspiración a personas de todos los continentes, con una gran variedad de experiencias vitales, de circunstancias históricas y políticas que vienen a indicar el grado de flexibilidad y universalidad del mensaje de Mounier, como corresponde a la profunda comprensión y pasión por la persona que le

caracteriza. Hay que destacar en este aspecto las más de 50 ponencias que, apretadamente, se expusieron en el breve periodo de dos días por parte de estudiosos del mundo francófono, de Latinoamérica, de África, de países del Este de Europa, de Norteamérica, de Asia. Cabe preguntarse si algún congreso de filosofía, de cualquiera de sus ramas, podría exhibir una pluralidad de orígenes y matices tan extendida y, casi me atrevería a decir, tan exótica para una visión occidental. Más de 600 personas de 20 nacionalidades estuvieron presentes, teniendo que rechazar los organizadores otras 200 solicitudes.

Es difícil destacar las aportaciones, muchas de ellas de gran valor, por lo que no vamos a sintetizar, ni siquiera a enumerarlas aquí (el lector interesado podrá leer las actas que se publicarán próximamente). Sólo mencionaremos algunos hechos, a grandes rasgos.

El coloquio fue inaugurado en la mañana del 5 de octubre por varias personalidades como K. Mat-suura, Director de la UNESCO,

en cuya sede tuvieron lugar las conferencias, Jacques Delors, ex-presidente de la Comisión Europea, Guy Coq, Presidente de la Asociación de Amigos de E. Mounier, y el escritor y ex ministro español Jorge Semprún, que reconoció su deuda con Mounier y sus compañeros por acoger a su familia en el exilio que siguió a la guerra civil española (su padre era corresponsal de *Esprit* en España).

Las ponencias fueron agrupadas por temas que versaron sobre «Mounier, un pensamiento del compromiso», «persona y familia», «el concepto de comunidad», «persona, ética y antropología», «la actualidad de Mounier en diversos países», «la política y el acontecimiento», «la democracia», «el cristianismo de Mounier», etc. Además de las ponencias generales hubo varios talleres que trataron de la relación de Mounier con otros autores (Peguy, Scheler, Landsberg, Maritain, Blondel, Berdiaeff...), y otros que versaron sobre algunos aspectos del pensamiento de Mounier como son la educación, el feminismo, la economía y lo trágico. En este último expuso Antonio Calvo, presidente del I. E. Mounier de España, su ponencia sobre Mounier y Unamuno.

Se podrían clasificar las conferencias según la mirada fuera re-



prospectiva, hacia la actualidad o prospectiva. Entre las primeras tenía gran interés, especialmente para nuestros amigos franceses, la aportación del historiador Bernard Comte, que rechazó con un potente estudio las injustas acusaciones contra Mounier que hizo, tiempo atrás, Bernard-Henri Lévy, uno de los mandarines de la moda intelectual francesa, cuyas difamaciones y anatemas (Mounier) son comparables a sus afamaciones y canonizaciones («El siglo de Sartre», ya traducido en España).

Las que remarcaban el valor actual de la obra de Mounier fueron la mayoría de las citadas arriba y, especialmente, la conferencia de clausura a cargo de Paul Ricoeur, que hizo una valoración extensa de la vigencia de Mounier. De esta actualidad se deriva, sin duda, que estamos sobre un terreno fértil para el pensamiento y la acción, una auténtica matriz de diversas filosofías de futuro. Para un mundo confrontado con una globalización dirigida por fuerzas materiales e impersonales, el personalismo es la alternativa que puede traer una propuesta de esperanza que inspire un universalismo respetuoso para los pueblos y un ecumenismo cultural, en el seno de los cuales la persona se realice libre y creadora.

Hemos sabido que el Coloquio va a traer, en Francia, un reen-

cuentro con el pensamiento de Mounier, especialmente por parte de las jóvenes generaciones. Fruto inmediato será la nueva reedición de las *Obras Completas*, de algunas obras escogidas y de abundantes textos inéditos, algo que se hacía necesario, toda vez que sólo era posible encontrar *Le personalisme*, libro del que, reeditado continuamente por Presses Universitaires de France, se habían vendido hasta 200.000 ejemplares desde la primera edición. Además, la AAEM va a recuperar algunas actividades que habían decaído dado el nuevo interés que se ha despertado. Quizás sea esto un indicio de la significación de este verdadero acontecimiento: la reivindicación, con éxito, del lugar de privilegio que le corresponde a Mounier en el pensamiento y en la historia del siglo xx, junto a una llamada de atención hacia unas pistas de orientación necesarias para el hombre del siglo xxi. Por todo esto, hay que felicitar y agradecer a la Association des Amis



Los Muros Blancos. En el segundo piso vivió la familia Mounier desde finales de 1944.

d'E. M. el gran trabajo y dedicación puestos en el empeño.

Por otro lado, el Coloquio ha sido una ocasión para sumergirse en un encuentro humano, en un ambiente fraterno, que nos ha permitido el descubrimiento de un aire de familia común a quienes hemos llegado, procedentes de latitudes tan distantes, con un latir de corazones en gran sintonía. ¿Cómo no asombrarse de una participación tan heterogénea, en cuanto a nacionalidades, edades, acentos, profesiones... y sin embargo, con tan gran cercanía de intuiciones, preocupaciones y exigencias?

Nuestros encuentros personales con los amigos italianos, brasileños, argentinos, mexicanos, norteamericanos —recordamos el gran aplauso que recibieron y la simpatía con que acogió el público a los miembros del Movimiento Catholic Worker—, polacos, portugueses, etc. nos han revelado la existencia de una fraternidad escondi-





Alino Lorenzón (Brasil) con Paul Ricoeur en la clausura del Coloquio.

da, a la que creo que debemos dedicar un especial cuidado en el futuro.

No quisiera terminar sin hacer mención a la visita que los integrantes de la delegación del I. E. M. (Julia Pérez, Antonio Calvo, Luis Enrique Hernández y quien suscribe) hicimos a Châtenay-Malabry, con la compañía inestimable de Iván Cedrón. Allí pudimos visitar *Les Murs Blancs*, el lugar donde Mounier creó una comunidad de vida y de acción, y donde aún residen algunos miembros de aquel equipo. Un hermoso lugar especialmente elegido para una vida de estudio, reflexión y contemplación, e idóneo como base de ope-

raciones para la lucha a la Mounier y *Esprit* se habían entregado. Un lugar que habla de la importancia que tenía en Mounier la vida comunitaria, hasta el punto de que su tumba, que no es propia, como pudimos ver (otra lección), lo corrobora: una sencilla sepultura de la comunidad donde yacen varios miembros de ella.

Queremos concluir expresando no sólo nuestra satisfacción, sino también nuestra expectación ante lo que creemos debería ser una resurrección que comienza en el 50º Aniversario de la muerte de Emmanuel Mounier, podría continuar en años próximos y culminar, quizás con el horizonte del 2005,

I Centenario de su nacimiento, en un nuevo encuentro universal, en el que se concrete la perspectiva más ambiciosa para un servicio del personalismo a la humanidad.

En una época que está asistiendo a la globalización del vacío, al arrasamiento de las culturas y su homogeneización por la expansión del nihilismo, al dominio omnipotente de esa nada llamada dinero, a la clonación de los espíritus por las fuerzas mediáticas, a la socialización del espíritu burgués, a la condena de miles de millones de personas irrepetibles a una miseria y una explotación como nunca se ha conocido en la historia de la humanidad... en una época así, dolorosa y apasionante, el personalismo tiene la vocación y el deber de combatir otra vez a favor de la persona, corriendo todos los riesgos necesarios, reagrupando todas las fuerzas disponibles, elevando su voz, el coro armonioso de todos sus acentos, tan alto, tan fuerte, tan lejos como le sea posible.

Por eso, sin ser quien para ello, me atrevo a hacer un llamamiento desde aquí, haciéndome eco de un rumor que corrió durante el Coloquio por los pasillos de la UNESCO, para que se transforme en un grito: al servicio de la humanidad entera y, especialmente, de los más pobres, hagamos la Internacional Personalista.